

RESEÑAS

PORTOLÉS, José, *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo.* Madrid, Cátedra, 1986, 207 pp.

Si, como afirmaba Ortega, una de las características que mejor puede definir el espíritu de la tarea universitaria es la capacidad para la síntesis, no cabe duda de que con *Medio siglo de filología española* nos encontramos ante un libro básicamente universitario.

La obra de José Portolés es una exposición de los planteamientos y realizaciones fundamentales de la filología española en una etapa que, por lo básico de su aportación y por su magnitud intelectual se revela decisiva para el devenir de esta disciplina, y, aun, como el propio autor indica, para la interpretación del ser de España. Por todo ello, y porque el tiempo transcurrido permite delimitar en aquella época un objeto de estudio de características definidas, la tarea acometida por esta investigación se muestra perfectamente justificada y necesaria.

El objetivo primordial perseguido por el autor es el de la comprensión intelectual de la etapa adoptada como «corpus» de estudio; en esta intención, se atiende a la presentación de los fundamentos teóricos de obras, movimientos y escuelas más relevantes, para dar cuenta, posteriormente, de la evolución de los mismos. Este planteamiento rescata para las páginas de la obra que nos ocupa algo de la vitalidad entrañada en la peripecia creadora de los autores que se estudian, lo que no es escaso mérito. Como cometido subsidiario, pero no intranscendente, por las repercusiones que de él se derivan, se propone el autor el que su investigación sea muestra de homenaje a los maestros de la filología sobre los que versa su estudio.

El autor realiza su investigación entendiendo la utilidad científica de aplicar la perspectiva histórica a la materia de su estudio; sigue, entonces, los presupuestos de una historiografía que, si en lo lingüístico aparece plenamente adecuada y fértil, en lo literario, debido a la labilidad del objeto, aboca a la complejidad y al tratamiento individuado, por la carencia de esquema unificador definido. Abre el autor la mano en sus presupuestos al incardinar las relaciones existentes en el seno de la lingüística o de la historia literaria con las influencias ejercidas sobre ellas por otras ciencias con las que guardan relación, o con el ambiente cultural de la época.

La forma de aportar luz sobre las construcciones teóricas de la época estudiada es la de mostrar sus aspectos sustanciales; en ello cobra relevancia decisiva la capacidad del autor para discernir con tino lo necesario y sintetizar cualquier aportación atraída a su investigación. Su método de trabajo se basa en el resumen y la síntesis, y se desarrolla sobre ellos planteando comparaciones, observando paralelismos, rastreando influencias.

En este sentido el apartado 2.1. (*El paradigma schleicheriano*) es una excelente muestra de percepción de lo esencial de una teoría; de igual forma que el inicio del capítulo III (*Los «prejuicios de Menéndez Pidal»*) lo es en lo relativo al tratamiento de algunos planteamientos epistemológicos. Dentro del método de trabajo, la flexibilidad en la adopción de diversos enfoques es un rasgo de verdadera importancia; para encarar de la manera más adecuada y provechosa los diversos aspectos de la materia que expone, domina unas veces el apartado el análisis de la influencia ejercida por la figura de un maestro (*Milá*, v.g.), de un movimiento o de una filosofía (*krausopositivismo*); otras, por el contrario, es un concepto clave el que se pone de relieve y se analiza (*el estado latente*, v.g.); otras, en fin, se pasa al análisis, al seguimiento de algunos aspectos expuestos en obras fundamentales (*vid.* 4.2. *Américo Castro y la «historia del espíritu»*). La conjunción densa y profunda de estos aspectos hace que sea en el capítulo VIII (*Amado Alonso y Dámaso Alonso*) donde el libro consiga su brío intelectual más notable.

En este trabajo, no obstante, se nota a faltar una cierta valoración crítica sobre las realizaciones de los autores estudiados. La obra alumbra una etapa fundamental mediante la exposición de síntesis certeras; en sí ello constituye una labor de interpretación, pero tal tarea no puede sustituir a la de enjuiciamiento personal. Es comprensible, ciertamente, la actitud metodológica del autor de no comparar aquel pensamiento con el actual, para evitar deformaciones, pero es cometido bien distinto el de enjuiciar desde los parámetros que ofrece la propia época. Explicita el autor, como dijimos, su intención de constituir su obra en homenaje a los maestros de que trata; más allá del mero –y encomiable–deseo, tal actitud parece convertirse en pantalla que veda todo juicio o que lo cercena al menor atisbo; y es más curiosa esta renuncia al ejercicio crítico cuando en la *Introducción* se asevera que la teoría o los métodos de los maestros fundadores de la filología española están «*ya en parte superados*» (p. 11). Todo ello lleva a unos episodios en los que, entrevista –incluso sugerida– la posibilidad de valoración negativa, el autor parece sentir la necesidad de reafirmar su asentimiento y respeto totales a la realización de los maestros; así, en lo relativo a la actitud de Menéndez Pidal con respecto a las nuevas corrientes de pensamiento (pp. 62-3); en cuanto se refiere al planteamiento intuitivo de Dámaso Alonso al analizar la creación poética (pp. 172-3); cuando se afirma que «*no podemos criticar a Dámaso Alonso por no ser consecuente en esta investigación con principios que desconocía*» (p. 144), pero se soslaya si es criticable el que desconociese esos principios; cuando ante la carencia –lógica, por otra parte– que muestra Amado Alonso en *Vida y obra de Medrano* de conceptos interpretativos básicos, se opta por proponer la comparación del autor con Américo Castro, para encarecer con ello los avances de Alonso; o la forma en que, con respecto a *La peculiaridad lingüística rioplatense* de Américo Castro, que supone un paréntesis en la andadura ideológica del autor, antes que considerarlo como una vuelta atrás, una especie de receso en la relación vida-lengua (y no sociedad-lengua) sentida como medular por Castro en torno al 1941, se prefiere entenderla como «*la realización de un propósito teórico muy anterior*» (p. 128). Sólo en tres ocasiones desatiende Portolés sus propios planteamientos: considera «*ciertamente endeble*» el puente construido por Menéndez Pidal entre el espíritu germánico y el castellano (pp. 75-6); entiende que Dámaso interpretó de forma equivocada –«*como si de una teoría intemporal del arte se tratara*» (p. 142)– la «*exposición circunstancial de Ortega*» sobre la deshumanización del arte; y afirma que la forma improvisada en que nace *Poesía española* «*no afecta favorablemente al conjunto de la obra*» (p. 178).

La exposición de la materia es muy acertada, sobre todo en lo que se refiere al medido desarrollo de la misma en apartados (el capítulo IV –*De los datos a las ideas*– es una muestra excelente de ello). Cabe notar, sin embargo, que algunos apartados no alcanzan el acierto general que caracteriza a la obra en su conjunto; el apartado 3.2. (*La epopeya, manifestación de, carácter nacional*) es endeble, de escasos contenido y hondura.

ra; en el capítulo V (*Una nueva interpretación de la literatura española*) la disposición de la materia y la trabazón entre sus apartados se distiende un tanto: abunda de forma desproporcionada la noticia sobre aspectos culturales externos; de igual manera, en el apartado 7.2. (*Croce y Vossler en España*) se concede una gran atención y pormenor a la anécdota de aspectos biográficos y culturales externos, que no guarda correspondencia con un fin que se muestra magro: la relativa influencia de Vossler en España. Sobre estas puntualizaciones es preciso confesar que si estos aspectos se perciben es, en buena medida, porque el resto de la investigación acostumbra a un alto nivel de rigor intelectual.

Medio siglo de filología española, en fin, se suma de manera suficiente y necesaria al conjunto de obras que atienden a la exposición y análisis de las características de épocas o construcciones culturales (entre las que bien podría citarse *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII* de F. Lázaro, como título relevante, y con el que la obra de José Portolés presenta algunos puntos de afinidad); obras éstas en las que, desde luego, se sobrepasa la mera erudición, se profundiza buscando lo esencial de metodologías y realizaciones a fin de cimentar con acierto investigaciones futuras, y se contribuye con ello a una tarea del mayor interés como es la de llevar a cabo la configuración de nuestra historia intelectual.

MIGUEL ANGEL MURO

Colegio Universitario de La Rioja

AGUILAR PIÑAL, F., *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*. Madrid, C.S.I.C., 1987.

Todos los dieciochistas que seguimos la brillante trayectoria investigadora de F. Aguilar Piñal ya conocíamos su interés por Cándido M.^a Trigueros, fruto del cual es una larga serie de publicaciones iniciada en 1963. En las mismas ya nos había ido descubriendo aspectos inéditos o poco conocidos de un autor que merecía ser rescatado del olvido o menosprecio. Y éste es uno de los objetivos básicos de la presente monografía, que culmina toda una trayectoria investigadora tendente a «deshacer repetidos errores y reivindicar para la Historia de la Ilustración en España uno de sus más cualificados representantes». El objetivo se ha cumplido sobradamente gracias a un libro que presenta, sin entrar en juicios valorativos, las múltiples facetas de un Cándido M.^a Trigueros que ejemplifica no pocos de los aspectos propios de nuestra Ilustración.

Trigueros hasta ahora no había tenido demasiada suerte con una crítica centrada exclusivamente en las pocas figuras cumbre de la Ilustración. Pero la misma no puede ser circunscrita a unos pocos nombres ilustres y si se pretende conocerla en profundidad es necesario acudir a autores como el sevillano que, sin ser secundario, forma parte de ese grupo selecto de personas que hicieron realidad todo lo que de renovación cultural tuvo la Ilustración española. Prueba de ello es una obra polifacética fruto de una enorme curiosidad y una incansable actividad. «Todo le interesa; nada le es ajeno» (p. 72), afirma Aguilar Piñal, y el propio Trigueros se autodefinía así: «Soy un hombre aplicado, que en